



La Santa Sede

BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro

II Domingo de Adviento, 9 de diciembre de 2012

[Video]

Queridos hermanos y hermanas:

En el tiempo de Adviento la liturgia pone de relieve, de modo particular, dos figuras que preparan la venida del Mesías: la Virgen María y Juan Bautista. Hoy san Lucas nos presenta a este último, y lo hace con características distintas de los otros evangelistas. «Los cuatro Evangelios sitúan la figura de Juan el Bautista al comienzo de la actividad de Jesús, presentándolo como su precursor. San Lucas ha trasladado hacia atrás la conexión entre ambas figuras y sus respectivas misiones... Ya en la concepción y el nacimiento, Jesús y Juan son puestos en relación entre sí» (*La infancia de Jesús*, 21). Este planteamiento ayuda a comprender que Juan, en cuanto hijo de Zacarías e Isabel, ambos de familias sacerdotales, no sólo es el último de los profetas, sino que representa también el sacerdocio entero de la Antigua Alianza y por ello prepara a los hombres al culto espiritual de la Nueva Alianza, inaugurado por Jesús (cf. *ibid.* 25-26). Lucas además deshace toda lectura mítica que a menudo se hace de los Evangelios y coloca históricamente la vida del Bautista, escribiendo: «En el año decimoquinto el imperio del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador... bajo el sumo sacerdocio de Anás y Caifás» (*Lc* 3, 1-2). Dentro de este marco histórico se coloca el auténtico gran acontecimiento, el nacimiento de Cristo, que los contemporáneos ni siquiera notarían. ¡Para Dios los grandes de la historia hacen de marco a los pequeños!

Juan Bautista se define como la «voz que grita en el desierto: preparad el camino al Señor, allanad sus senderos» (*Lc* 3, 4). La voz proclama la palabra, pero en este caso la Palabra de Dios

precede, en cuanto es ella misma la que desciende sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto (cf. *Lc 3, 2*). Por lo tanto él tiene un gran papel, pero siempre en función de Cristo. Comenta san Agustín: «Juan es la voz. Del Señor en cambio se dice: “En el principio existía el Verbo” (*Jn 1, 1*). Juan es la voz que pasa, Cristo es el Verbo eterno que era en el principio. Si a la voz le quitas la palabra, ¿qué queda? Un vago sonido. La voz sin palabra golpea el oído, pero no edifica el corazón» (*Discurso 293, 3: pl 38, 1328*). Es nuestra tarea escuchar hoy esa voz para conceder espacio y acogida en el corazón a Jesús, Palabra que nos salva. En este tiempo de Adviento preparémonos para ver, con los ojos de la fe, en la humilde Gruta de Belén, la salvación de Dios (cf. *Lc 3, 6*). En la sociedad de consumo, donde existe la tentación de buscar la alegría en las cosas, el Bautista nos enseña a vivir de manera esencial, a fin de que la Navidad se viva no sólo como una fiesta exterior, sino como la fiesta del Hijo de Dios, que ha venido a traer a los hombres la paz, la vida y la alegría verdadera.

A la materna intercesión de María, Virgen de Adviento, confiamos nuestro camino al encuentro del Señor que viene, para estar preparados a acoger, en el corazón y en toda la vida, al Emanuel, Dios-con-nosotros.

Después del Ángelus

(En francés)

El Adviento nos invita a salir al encuentro del Señor, por tanto, a ponernos en camino. Esta realidad es muy familiar a las personas obligadas a dejar su propia región por diversos motivos, entre estos, las guerras y la pobreza. Los emigrantes conocen la precariedad y encuentran a menudo poca comprensión. ¡Que puedan ser acogidos y tener una existencia digna! En este tiempo de preparación para la Navidad, ¡que una solidaridad fraterna y alegre salga al encuentro de sus necesidades y sostenga sus esperanzas! No olvidemos que cada cristiano está en camino hacia su verdadera patria: el cielo. ¡Cristo es el camino! Que la Virgen María, quien conoció los viajes y el exilio, nos acompañe en nuestro camino.

(En español)

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española presentes en esta oración mariana. La liturgia de la Palabra de este domingo nos muestra cómo san Juan Bautista exhorta al pueblo a la conversión, esperando de los hombres de su tiempo una respuesta concreta de fe. Que la Santísima Virgen, que supo dar su “sí” incondicional al Señor, nos ayude a ratificar cada día nuestras promesas bautismales, para que, por los frutos de las buenas obras, seamos testigos ante el mundo de la gracia de Dios que actúa en nosotros. Feliz domingo.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana